

abandonados á nuestras propias fuerzas: ¡hoja caída!

¡Resoluciones de trabajar, de ser constantes en la piedad, tomadas con tanto calor y tanta sinceridad..., abandonadas luego, despreciadas, dejando al alma sin dirección y sin calor! ¡Hoja caída!

Sueños de un porvenir lleno de abnegación, de celo y de felicidad... ¡Oh, cuánto bien deseábamos hacer! ¡Cuán poco nos importaba derrochar con esta mira la fortuna, las fuerzas, la inteligencia! ¡Cuántas decepciones han dispersado á estos deseos, como el viento dispersa las doradas nubes del cielo, dejando en su lugar una vida sombría y sin porvenir! ¡Hoja caída!



¡Animo, pobre corazón mío! Tú no eres el árbol que sólo ve caer sus hojas; eres también el árbol que reverdece; pero deja que perezca esta savia inferior, á la que seca el viento de la tempestad, y ábrete á la savia de

lo alto que te trae la oración, y á la que mantiene viva y fecunda la santa Eucaristía.

XXIX

Receta infalible contra una terrible enfermedad.

Esta enfermedad terrible se llama flojedad.

¿Quién de nosotros no se ha visto repentinamente acometido por cierto relajamiento moral, que lentamente enervaba esos resortes interiores que nos tienen de pie, firmes y dispuestos á obrar?

¿Quién de nosotros, anteun trabajo que pedía un poco más de constancia de la que ordinariamente solemos emplear, algo más de cuidado, un poco más de sacrificio, no ha oído una especie de voces dulces y encantadoras que murmuran por lo bajo: «*Tú no puedes hacer esto: es demasiado penoso; tú no lo sabes hacer: es demasiado difícil; déjalo para más tarde, que no urge, etc.*»

¡Ah! ¡Tengamos mucho cuidado! Estas

voces no son solamente sonidos que pasan; son soplos de maldad que destruyen todo, en dondequiera que penetran; energía de carácter, delicadeza de conciencia, actividad de la inteligencia, abnegación del corazón..., todo desaparece poco á poco bajo la influencia de la flojedad, y desaparece dejando apenas el remordimiento.

¡Oh! ¡Qué terrible dolencia es la flojedad! Ella corroe en nuestro interior lo que hay más divino en nosotros: *la voluntad*; como la filoxera, roe la raíz de la vid y le quita el jugo, y después de un tiempo más ó menos largo, la voluntad queda en cierta manera dislocada.

No sabe ya *querer*. — Querer es ponerse en presencia del deber, emprenderlo con energía, continuarlo hasta el fin.

No sabe *resistir*. — Resistir es trabajar sin detenerse por las dificultades, por la falta de aplausos, por la falta de consideraciones, por la falta de éxito.

No sabe *rehacerse*... — Rehacerse es le-

vantarse después de un momento de olvido; es animarse, es sobreponerse á sí mismo.

Ella *se deja ir*, permanece somnolienta ante el deber, sonriendo con sonrisa sin vida, y murmurando: *¡no puedo, no puedo!*

—

¿Qué responder á esta palabra?

Nada, sino poner manos á la obra aunque tuviéramos que sudar sangre. Y si parece que las fuerzas van á faltarte, si parece que ese deber te va á agobiar, alma cobarde y muelle, haz resueltamente esta pregunta, algo fiera quizá, pero cuyo poder comprenderás si la flojedad no te ha gangrenado por completo todavía:

Si dentro de un cuarto de hora, á causa de este deber, cuya dificultad me espanta y que no me puedo decidir á comenzar, debiera ser azotado sin piedad, ¿permanecería así inactivo y perezoso?

Respóndeme: ¿qué dice tu conciencia?

¿Por qué, ¡oh Dios mío!, no hacéis vibrar algunas veces en nuestros oídos el silbido del

látigo que tenéis en la mano, y con el que arrojasteis á los vendedores del templo?



—¡Oh mi antiguo maestro!—decía un capitán de navío á un marinero que le estrechaba entre sus brazos temblorosos á la vuelta de un largo viaje.—Doy á Ud. gracias por los azotes dados al obstinado grumete que cobardemente se negaba á subir á lo alto de los mástiles.

En la *Divina Comedia* de Dante, el poeta encuentra en el infierno un grupo de pecados atormentados horriblemente, y en cuya frente no vió escrito, como en la de los otros, el nombre de los pecados que habían cometido.

—Maestro,—dijo al que le conducía,—¿qué han hecho éstos para merecer tales sufrimientos?

—*Estos*,—respondió el guía mirándolos apenas,—*no han hecho ningún bien : son los flojos.*

¡Oh! ¡No hacer el bien! ¡Vivir en la inac-

ción, la pereza, la ociosidad, la somnolencia, cuán triste debe de ser! ¡Y qué castigo tan terrible se prepara para expiar esta larga serie de deberes descuidados!

XXX

El premio de Catecismo.

Había acabado la fiesta escolar; los premios se habían repartido, y los niños abandonaban la escuela radiantes de alegría con su corona de laureles dorados.

La fiesta, sin embargo, va á continuar en la casa; cuando hay niños que se juzgan felices y están contentos, es muy fácil poner la casa en pie de fiesta.

Unode ellos, que apenas contaría diez años, tenía en la mano, y enseñaba á toda la familia reunida, su premio único, *el premio de Catecismo.*

—Oh cuánto te quiero, hijo mío,—dijo la abuelita llorando de emoción.

—Yo también estoy contento,—dijo el pa-

dre;—¿pero nada más que esto has traído? ¿nada más que *el premio de Catecismo*? ¿Y el premio de Historia, y el de Aritmética? Esos, hijo mío, me dejarían más contento y te serían más útiles, porque, al fin y al cabo, tu premio de Catecismo apenas te ayudará para los exámenes que has de sufrir, porque, mira, el Catecismo no abre ninguna puerta para el porvenir.

El niño cesó un instante de sonreír, y abriendo desmesuradamente los ojos como si de allá arriba llegase á él una luz, y con acento grave que á todos admiró, dijo á su padre:

—*Se engaña Ud., papá; el premio de Catecismo me abrirá las puertas del Cielo.*

Gracias, tierno niño, por la lección que á tu padre y á todos nos has dado. Llegará un día en que de tu memoria, de esa memoria donde se amontonan tantas y tantas cosas, pasará todo ese saber humano, como pasan los monumentos levantados en la arena después que ha soplado la tempestad, y no quedará allí, para responder al examen que hará

Dios de la conciencia, otra cosa que las lecciones del Catecismo.

XXXI

Á propósito de dotes.

¿Quién no ha oído repetir con frecuencia esta frase trivial: *Ella no tiene dote; será difícil colocarla?* Y al oirla, ¿quién no ha sentido que en su interior hay una voz que se subleva contra este mundo horriblemente material, que hace de una cosa tan santa como el matrimonio una operación comercial?

Y, sin embargo, pues que es necesario tener de qué vivir, la dote es necesaria.

Pero hay *dotes* además de los de la fortuna, dotes tan valiosos como los de dinero, más preciosos que los del dinero, y sobre todo, más que el dinero al abrigo de los golpes de la fortuna.

Un padre que quería casar á su hija, decía llanamente que la daba en dote veinte mil duros.

Los pretendientes corrieron desalados... por la dote quizás, y el padre sonreía maliciosamente al oír sus afectuosos apresuramientos.

Él no se corría, examinaba y esperaba.

Entre los más asiduos pretendientes, el padre se fijó en uno que le pareció menos entusiasta y menos fatuo que los otros: *Parece que éste tiene buen fondo*, se decía por lo bajo. Era un comerciante activo, inteligente, laborioso.

El padre, recibéndole en una ocasión:

—¿Quiere Ud.,—le dijo,—que hablemos en confianza acerca de la dote de mi hija?

—Pero eso no urge,—dijo el joven conmovido y contento.

—No importa. Así sabrá Ud. mejor lo que hace. Mire Ud. aquí la nota completa.

El papel mencionado contenía estas cifras, que el padre leyó acentuándolas:

	Pesos.
Educación esmerada, espíritu recto, buen sentido.....	4.000
Nada de coquetería, gusto delicado aunque algún tanto severo; nada de ilusión ni entusiasmo por las modas.....	4.000
Regularidad en las prácticas religiosas.—Economía, orden.—Mujer de casa.....	6.000
Ninguna afición á bailes ni espectáculos, prestándose á las conveniencias pero no saliendo nunca de los límites del deber.....	2.000
Laboriosa y honrada, pudiendo hacer de modista y de costurera en caso de necesidad, y pudiendo en todo caso dirigir á éstas....	2.000
En efectivo.....	2.000
SUMA.....	20.000

Y estos dos mil pesos en efectivo valen más que una fortuna con los defectos contrarios á las cualidades que yo garantizo en mi hija. Y no hablo de la abnegación de que se siente capaz, porque un padre se hace siempre ilusión sobre eso; pero me consta que ve en el matrimonio algo divino.»

El joven, por lo pronto, se desorientó, pero tenía buen sentido; comprendió la lección, se

casó con la hija, y se dice que jamás se arrepintió.

XXXII

Almas que caminan con dulzura y seguridad hacia el Cielo.

Son las almas fieles, que cada mañana encuentran trazado el camino que tendrán que recorrer, y que lo siguen en paz.—En él hay un poco de fatiga, un poco de aniquilamiento; cansa y consume ese trabajo cotidiano y material, pero caminan siempre procurando sonreír, porque en este largo camino ven escrito en todas partes: «*Dios lo quiere.*»

Son las almas que saben sacrificarse sin ruido ni ostentación, y no recogiendo en torno suyo otra cosa que el olvido, muchas veces la ingratitud, algunas el desprecio. Apenas se sabe que existen, y, sin embargo, en una casa todo se sostiene por ellas; se contentan con decir dentro de sí: *Hay quien sea feliz por mi causa.*

Son las almas que tienen sed de celo, de justicia, de apostolado, y no atreviéndose ó no sabiendo hacer nada por sí mismas, dan á los demás la ocasión y los medios de obrar, por los que se hacen cerca de ellas muchos bienes. Jamás el mundo se los agradecerá, pero se contentan cuando les parece que Dios les dice: *¡Yo lo sé!*

Son las almas que se creen realmente nul- las porque, habiendo agotado sus fuerzas en el bien, están completamente olvidadas.— Ellas parecen ser un *estorbo* porque piden cuidados y exigen gastos que no se les reprocha sin duda, pero que sienten pesar sobre los demás. Ellas ruegan y esperan pacientemente su libertad, y á causa de ellas Dios detiene la rudas pruebas que se disponía á mandar á la casa que las abriga.

XXXIII

El genio de un sombrero color de rosa.

CUENTO SEMISOBRENATURAL

Madre é hija están sentadas cerca de una elegante mesa de trabajo.

Sobre la mesa hay un gracioso sombrero color de rosa, que la niña mira con una de esas sonrisas que hablan.

Lo toma con suavidad, lo pone en su cabeza, y con cierta coquetería dirige una rápida mirada al espejo, ardiendo en deseos de preguntar á su madre: *¿soy bonita?*

La madre sigue con el *rabillo del ojo* todas estas maniobras, y se entristece.

¿Acaso ha visto al demonio de la vanidad deslizarse en el alma de su hija?

—Mamá, ¿es verdad que en el mundo hay genios buenos y malos?

—Sí, hija mía.

—¿Como en los cuentos de hadas?

—Sí.

—¿Tú los has visto alguna vez?

—Alguna. No hace mucho tiempo que sentí un frotamiento de alas que me ha hecho estremecer.

—¡Ay!—exclamó la niña avergonzándose un poco sin saber por qué;—pero, mamá, ¿cómo has conocido que hay un genio aquí?

—Mira, hija mía.

Y la madre, inclinando su frente pura, señaló con el dedo un pliegue apenas perceptible que en ella se había formado.

—¿Ves este pliegue? Suele llamársele una arruga, pero su verdadero nombre es *experiencia*, y cuando yo la oprimo, me muestra todo lo que pasa en tí y alrededor de tí.

—¡Ay, mamá!

—Espera,

Y tocando su frente, dijo misteriosamente:

—No estamos solas aquí

—Qué, ¿hay alguien?

—Sí; hay genio, un genio malo, y está en tu sombrero color de rosa.

La niña puso instintivamente su sombrero sobre la mesa.

—Yo te había dicho que no escogieras este sombrero,—continuó la madre afectando indiferencia;—yo quería para ti un color más modesto y unos adornos menos chillones; pero te pusiste á llorar, yo te dejé obrar, y ahora...

—¿Y ahora?...

—Ahora ese genio malo, que tu falta de sumisión á los deseos de tu madre ha hecho venir á tu sombrero color de rosa, va á comenzar su obra.

¿Sabes lo que va á hacer poco á poco?

Te inducirá á ocultarte á las miradas de tu madre.

Hará á tu espíritu desatento á sus lecciones.

Hará de ti una egoistilla.

Pondrá en tus labios una sonrisa burlesca para tus compañeras menos bien vestidas que tú.

Cerrará tu corazón á las súplicas del pobre.

—*—

La niña bajó la cabeza, y su mirada se fijó con recelo en su sombrero color de rosa.

La madre reanudó su tarea de costura.

Hubo unos minutos de silencio.

—Mamá, ¿por qué no mandas cambiar mi sombrero por otro que sea de tu gusto?

—Sí, hija mía,—le respondió la madre abrazándola y besándola.

—e—

Algunas horas después traían los criados un sombrero más sencillo, que no por eso dejaba de ser gracioso.

—En éste al menos no habrá un genio malo,—dijo la niña.

—No,—respondió afectuosamente la madre;—hay uno bueno, que hará de ti una hija piadosa y amable; se llama: *obediencia*.

—¿Y cómo se llamaba el genio malo del sombrero color de rosa?

—Se llamaba *coquetería*.

—e—

Historia infantil, es verdad, pero historia que comienza la larga serie de todas aquellas

que componen nuestra vida y ejercen su influjo sobre ella.

Ese genio malo, digamos la palabra cristiana, ese demonio á quien se ha dado voluntariamente entrada en el alma en los primeros días, en esa época en que es tan impresionable, aun cuando no hiciera otra cosa que pasar, aun cuando no hubiera dejado sino una ligera impresión mala y arrojado una imperceptible semilla de vanidad, de sensualidad, de curiosidad malsana, ¿creéis que ese simple contacto no tendría influencia en la vida?

¡Ah! Una vez que el demonio ha enseñado el camino á un alma, se puede decir que ésta no lo olvida; y el alma á quien el demonio ha tocado una vez, ha recibido con ese contacto una herida que podrá, sí, cicatrizar, pero quedará siempre en extremo sensible.

Nosotros, que ya somos viajeros fatigados del largo camino que hemos recorrido, ¿no tenemos acaso el recuerdo de una primera é insignificante falta que después ha

sido seguida de una larga cadena de pecados?

¡Ah! Cuán cierto es que las primeras impresiones son indelebles.

Los primeros objetos que han atraído nuestras miradas, ¡qué bien se han grabado en nuestra alma, y permanecen en ella tan clara, tan distintamente como cuando por primera vez los vimos!

Los primeros grabados que vimos, el primer libro que leímos, la primera canción que tarareamos, ¡qué huella tan profunda han dejado en nuestra imaginación!

«Cuando quiero recoger mis pensamientos y poner un freno á mi imaginación,—decía un anciano en su lecho de muerte,—siempre, siempre acude á mi memoria un inepto y sórdido estribillo que me enseñó una criada cuando apenas tenía cuatro años.»



Madres, ¿qué hacéis, pues, de vuestra experiencia cuando ponéis á la vista de vuestros hijos curiosos *esos periódicos ilustrados, esos álbums abundantes en grabados licen-*

ciosos, sin pensar que el demonio se desliza en su alma? ¿No teméis que, si algún día os quejáis á Dios de su mala conducta, Él os responda: *Ese mal que ellos hacen vosotros se lo habéis enseñado?*

XXXIV

Una visión infernal.

Es un cuadro sumamente lúgubre el que va á desarrollarse á vuestros ojos. Trazado hace medio siglo por la pluma de un ángel caído, nos ha parecido conveniente recordarlo ahora que ha llegado á ser una *realidad* lo que entonces sólo era una *visión*.

Sólo que para más seguridad ponemos al principio estas palabras que fueron dichas á un justo que velaba y oraba ante la cruz:

ADORA, SUFRE, ESPERA

-<-

«Era una noche sombría; un cielo sin astros pesaba sobre la Tierra como una cubier-

ta de mármol negro sobre una tumba. Y nada turbaba el silencio de esta noche, á no ser un ruido extraño como un aleteo ligero que á veces se oía sobre los campos y las ciudades.

»Entonces las tinieblas parecían más espesas y todos sentían su alma llena de pavor, y un frío glacial corría por las venas.

»En una sala tapizada de negro é iluminada con una lámpara rojiza, siete hombres repugnantes y terribles estaban sentados sobre otras tantas sillas de hierro. Tenían escrito sobre la frente el nombre de los pecados capitales: cada frente tenía con preferencia el nombre de uno de estos siete pecados, y luego los de todos los demás. El ojo humano no podía distinguir si eran demonios ú hombres poseídos del demonio.

»En medio de la sala se alzaba un trono hecho de osamentas humanas: al pie del trono, á guisa de escabel, había un crucifijo derribado de su peana; delante del trono una mesa de ébano, y sobre ella un vaso lleno de

roja y espumosa sangre, y un cráneo humano.

»Los siete hombres parecían pensativos y tristes, y del fondo de sus hondas órbitas sus ojos dejaban escapar de cuando en cuando chispas de fuego lívido. Uno de ellos se levantó, se acercó vacilando al trono, y puso el pie sobre el *crucifijo*.

»En este momento sus miembros temblaron, y se sintió desfallecer. Los otros le miraban inmóviles, no hicieron el menor movimiento; pero no sé qué pasó sobre su frente, y una sonrisa que no era de hombre contrajo sus labios.

»Y el que parecía próximo á desfallecer extendió la mano, tomó el vaso lleno de sangre, la vertió en el cráneo y bebió.

»Esta bebida parece que le fortificó, y alzando la cabeza, salió de su pecho este grito, semejante á un sordo trueno:

»—¡Maldito sea Cristo, que nos ha quitado la libertad de la carne y la libertad del pecado!

»Los otros seis hombres se levantaron á la

vez, y á la vez profirieron con el mismo grito:

»—¡Sí, maldito sea Cristo, que nos ha quitado la libertad de la carne, la libertad del pecado!

»Después de esto se volvieron á sentar en sus sillones de hierro, y el primero dijo:

»—Hermanos míos: ¿qué hacemos para recobrar nuestra libertad y destruir el reinado de Cristo? Donde Él reina nosotros no podemos reinar, y nuestra causa es la misma, porque un pecado está ligado con los demás pecados. Que cada uno proponga el consejo que le parezca bien. He aquí cuál es el mío: Antes que Cristo viniera, ¿quién nos estorbaba en nuestras concupiscencias y lujurias? Su religión nos arrebató la libertad. Reconquistemos la libertad y abolamos la religión de Cristo.

—

»Y el segundo se adelantó hacia el trono, tomó el cráneo humano, derramó sangre en él, la bebió y dijo en seguida:

»—Para abolir la religión de Cristo es ne-

cesario quitar á los hombres la verdadera ciencia, que conduce á Cristo. Ponderemos el precio de las ciencias, recomendemos la difusión de las luces, multipliquemos los métodos de enseñanza, y sobre todo, confie- mos las escuelas á los maestros de la iniqui- dad. Así es como podremos abolir la verda- dera ciencia.

»Y todos respondieron:

»—¡Es verdad: destruyamos la verdadera ciencia!

»El tercero, haciendo lo que los otros, se levantó y dijo:

»—Cuando hayamos abolido la religión de Cristo y corrompido las fuentes de la verda- dera ciencia, habremos hecho mucho; pero nos quedará mucho aún que hacer. Es ne- cesario propagar en cada pueblo los vicios y los desórdenes de todos los demás pueblos, y así haremos de todo el mundo un solo país absolutamente nuestro, de todo el género humano una sola cloaca.

»Y todos respondieron:

»—¡Es verdad: hagamos del mundo entero una sola cloaca, de todos los pueblos un solo pueblo de malvados!

.....

—

»Después de beber sangre el sexto, dijo:

»—Yo reconozco la utilidad de vuestras proposiciones; pero para arrancar la probi- dad al corazón de los hombres es preciso embriagarles de placer. Multipliquemos los goces del cuerpo; concedamos á los artífices de placeres sensuales el nombre y las coro- nas de la virtud; pervirtamos el juicio, y lue- go pervertiremos el corazón del hombre.

»Y todos respondieron:

»—¡Es verdad: pervirtamos por el placer el juicio y el corazón del hombre!

»Entonces el séptimo, habiendo bebido como los otros en el cráneo humano, puesto el pie sobre el crucifijo habló de este modo:

»—Nada de Cristo; muerte al infame, y guerra eterna entre él y nosotros. ¡Pero cómo